

—¿Qué dice?

—Sólo se quejaba. Una especie de inspiración profunda.

—¡Bah!

—Le digo que eran palabras.

¿Palabras? ¡Pero si no puede hablar! ¿No vé que es un sujeto experi-
mental tan sólo?

—Pues a mí me lo ha parecido.

—Vamos, no insista. Acabará viendo visiones.

—¿Y si se ahogara?

—¡Cállense! —terció otro—. Están interrumpiendo la lección.

—No creo que deba preocuparse. Además todo está previsto.

—¿Todo?

—¡Naturalmente! ¿No le he dicho que es un experimento científico?

—¿Y las bocinas?

—Ya se lo explicarán, no sea impaciente.

—¡Silencio!

En aquel momento volvieron a resonar las carcajadas y el mismo coro
grosero de antes aconsejó a N.:

—¡Búscate un trabajo supletorio! ¡Una contabilidad que puedas llevar
por las noches!

—Es muy fácil decirlo —respondió N.— Pero cómo me voy a presen-
tar, con esta pinta, en ningún sitio. Los Jefes no querrán ni escucharme...

Fué interrumpido por un pistón recubierto de goma, que, empujándole
violentamente, le mantuvo la cabeza sumergida unos minutos. N. perdió el
sentido.

Se despertó en el Quirófano, brillante por los níqueles y los blancos es-
maltes. Estaba tumbado en una mesa de acero con sus manos amarradas y su-
jetas por encima de su cabeza, fuera de su visión, y los pies atados a una gran
rueda, cuyo eje estaba en prolongación de su cuerpo. Cuando abrió los ojos
oyó que decían:

—Tienes muchos vicios: el tabaco, el cine... ¡Redúce tus gastos!

—Sí, claro —contestó—. También podía vestirme de saco y comer
hierba.

—Señores, —anunció la voz antipática— vamos a continuar con la fase
de cálculo de resistencias. Es una parte del experimento, puramente mecáni-
ca, pero que hemos de observar cuidadosamente, por el gran valor de los da-
tos que nos pueden proporcionar los indicadores. Comencemos.

La rueda de sus pies empezó a girar hacia la derecha y el cuerpo de N.
se fué retorciendo dolorosamente. De su boca se escapó un quejido.

—¡Ahora! —le gritó el coro de voces— ¡Eres un manirroto!

—Pero ¿y los imprevistos?